

El Mago de la torre

En una alta torre, tan alta como para tocar el cielo, en un remoto valle al norte de una pequeña aldea vivía el Mago, quién (a través de la magia) protegía y ayudaba a los aldeanos. Bajo la protección del Mago las plantas florecían y gente de la aldea vivía en tranquilidad, hasta que... Llegó la tormenta.

El Mago se levantó como otro día cualquiera, asomándose desde las almenas de la torre pensando en las razones que lo habían llevado hasta aquel valle. Ese día parecía...¿diferente? Desde la sequía de hace años nunca había notado un día tan oscuro. Una bandada de pájaros hecho a volar desde el bosque.

El joven ayudante, instruido en la magia, del mago entró estruendosamente en la sala provocando la caída de un jarrón desde la repisa.

- Oh... em... lo siento señor - se disculpó éste.

- Que necesitas Wilem, ¿que es tan importante como para que destruyas mi bonito jarrón? – preguntó el Mago, tras una sacudida de su mano el jarrón se recompuso y volvió a su sitio.

- Eh... Han llegado horribles noticias del pueblo, señor, al parecer ha llegado un viajero un tanto extraño. Según el argumento del mensajero ese hombre casi destruye la posada de la aldea tras acabar con las reservas de vino del posadero y... algunos aldeanos dicen haberle visto haciendo magia en la taberna y alegar que ha venido para vencerle y obtener su poder,

- ¿Se sabe el nombre del viajero?

- No señor, por más que preguntara a la gente nadie parece saberlo. Pero señor... eso es imposible, ¿no?, ¿como un mago puede arrebatarse a otro su magia?

- Me temo que eso es más que posible, mi joven ayudante. Con el suficiente saber en hechicería es posible eso, claro que, para vencerme se necesita mucha capacidad.

- También dicen que mañana tiene previsto presentarle formalmente a usted el duelo – Siguió contando el joven.
- Parece que sabes muchas cosas, Wilem.
- Yo... es... - Tartamudeó Wilem sonrojándose considerablemente.
- No hace falta explicar, mi joven amigo, sé de cierta dama habitante del pueblo a la que pareces agradar... y mucho.
- ¿En... enserio?-El joven se sonrojó más aún, cosa que parecía imposible.
- Si, y ahora creo que voy desayunar hasta que venga ese supuesto "mago".

Al día siguiente, como los aldeanos decían un extraño tipo se presentó frente la morada del Mago. El hombre (recubierto por una capa oscura que mantenía entre sombras su cara) se dirigió sin miramientos hasta el despacho del Mago. Al escuchar la puerta abrirse el Mago cerró el libro que momentos antes leía para atender al invitado.

- Bienvenido a mi vivienda señor...-Dijo el Mago instando al hombre a decirle su nombre.

- No diré mi nombre si es eso lo que desea, pero mientras me puede llamar Hechicero, usted no hace falta que se presente, por supuesto, su fama le precede señor Mago. Me temo, o no tanto, que no vengo aquí "amistosamente"... Mañana a la salida del sol en el prado al sur de la aldea por donde discurre el río, pronto me haré con el poder.

Y sin pronunciar palabra alguna más abandonó la sala con un leve ondulamiento de su capa dejando al Mago pensando, aquella voz... imposible, se dijo, eso fue hace demasiado tiempo.

Como se dijo, el día siguiente, a la salida del sol, los dos hombres se encontraron en el prado, solos, a punto de librar una salvaje lucha en la que el que perdiese se despediría de la vida y se iría para no volver.

- ¿Preparado para perder? - preguntó el Hechicero sonriendo.

- Me temo que no, pero para vencerte si.

Y sin mediar palabra, todo empezó. Los hombres esquivaban sin problema lo hechizos del otro, cada uno más salvaje que el anterior hasta que sin previo aviso, uno cayó.

El hechicero se desplomó en el suelo, no muerto, pero si derrotado.

- No deberías haberme retado, no te voy a matar (como seguro que tu habrías hecho en mi lugar) pero yo no soy tú. Ahora vete y no vuelvas ha aparecer por aquí si no quieres que llegue más lejos.

- No...No te recordaba así de cobarde... Con miedo a terminar una lucha como se debe, eso me convierte en alguien superior a ti...

- Siempre fuistes un poco creído, cosa que veo que ha aumentado con el paso de los años... te lo repito, lárgate de aquí.

El Mago estaba de vuelta a la torre conversando con Wilem horas después del encuentro.

- Señor... no volverá, ¿verdad? - preguntó éste temeroso.

- Tal vez si, tal vez no. Me temo que eso es algo que no sabremos hasta que suceda, y si al final se atreve a volver... que no dude en que yo estaré preparado.

- Pero... ¿usted sabe quién era ese hombre? - preguntó el joven.

El hombre suspiró mientras que pasaba las manos por su cara en un signo de cansancio.

- Para mi mala suerte si, ese hombre o mejor dicho ese hechicero fue alguien muy cercano a mi... fue mi compañero.

>>Hace muchos años, antes de que yo llegara al valle era uno de los tres magos serviciales de la reina, que como sabrás uno de ellos casi la mata. Pues bien, resulta que el traidor era ese hombre... mi mejor amigo... que acabó con la vida del otro mago y al ver que no podría hacer lo mismo con la reina consiguió ponerme a mi de culpable, teniendo que huir siendo inocente hasta llegar al valle y a la torre donde me dediqué a cuidar de los aldeanos y a vigilar los pasos de ese hombre hasta que hace unos años le perdí el rastro y, bueno, vino aquí. Ese hombre ha hecho mucho daño... pero ha sido humillado, tardará mucho en volver a actuar.

Wilem miró al mago con respeto, el hombre que tenía delante había tenido una vida dura, pero había seguido luchando. El chico sabía como quería ser en la vida y, definitivamente, quería ser un hombre

tan valiente como el que se encontraba mirando al horizonte junto a él.

Fin